

EL ECO DE LOS RAÍLES

Siempre he pensado que Venta de Baños no fue construida sobre tierra, sino sobre raíles. Hay pueblos que nacen al abrigo de una montaña, junto a un río o bajo la sombra de un castillo. El nuestro nació entre humos, horarios y despedidas. El silbido de un ferrocarril es, desde siempre, la nana que arrulla este lugar cuando cae la noche, marcando el paso del tiempo con su inconfundible sonido. En Venta de Baños no solo escuchamos el tren, sino que lo sentimos como parte de nuestro pulso, un latido continuo que nos conecta con algo más grande, con una historia tejida entre las vías y los viajeros.

Antes de ser un pueblo, dicen que fue una estación. Un cruce de caminos que daba la bienvenida y despedía a quienes pasaban, sin importar su destino. El nombre viene de las aguas termales de Baños de Cerrato, un pacto secreto entre agua y hierro que unía la tierra con el metal. El pueblo creció al ritmo del ferrocarril, como una flor entre traviesas, enfrentando el viento y el hollín. Aunque cada día nos aleja del origen, seguimos siendo parte de una historia sin fin, solo paradas en el camino. En cada vagón hay una promesa de nuevos destinos y, en cada despedida, un susurro de lo que queda atrás, esperando el regreso.

Cuando era niña, iba a la estación con mi abuelo. Él no tomaba ferrocarriles, solo los escuchaba. Decía que cada uno traía una historia distinta, como si el viento que arrastraban le contara cosas que nadie más podía oír. “Este viene de León, trae la tristeza de alguien que dejó a su madre en el andén. Ese va a Madrid, cargado de prisas.” Yo no entendía, pero con el tiempo comprendí que no hablaba de ferrocarriles, sino de nosotros. Hablaba de la condición humana, del vaivén del deseo y las decisiones. No era observación, era escucha profunda. Era saber estar en silencio.

Venta de Baños fue un cruce de caminos, un lugar de paso que se empeñó en ser hogar. Cada familia llegó en ferrocarril, y aunque muchos se fueron del mismo modo, siempre quedaba una maleta sin cerrar, una carta sin enviar. Un “quizá vuelva” flotando entre los raíles calientes, esos que nos enseñaron a esperar, a dejar ir, y a seguir adelante aunque el destino fuera incierto.

Crecimos con el rugido metálico atravesando la madrugada. A veces parecía una amenaza, otras una promesa. Los vagones nos hablaron de ciudades lejanas y futuros posibles. Algunos escucharon y se fueron. Otros decidieron quedarse y hacer del pueblo algo más que un punto en el mapa. Aquí, entre calles humildes y vecinos que aún se saludan por su nombre, aprendimos que la eternidad cabe en lo cotidiano. Que hay grandeza en lo pequeño y que una vida sencilla también puede ser extraordinaria.

La rutina era sagrada. Las mujeres barrían la puerta al amanecer, con los cabellos envueltos en pañuelos, desempeñando un trabajo que sustentaba todo lo demás. Los hombres del taller tomaban café en vasos de cristal grueso que sabían a descanso. Todo tenía su ritmo, como el compás de un ferrocarril que nunca deja de latir. Aunque ese ritmo, durante mucho tiempo,

fue marcado por la mirada masculina, hoy sabemos que las mujeres también tejieron, en silencio, el pulso de este lugar, con una fuerza que no siempre fue reconocida.

Hoy, cuando camino por la estación, siento que la vida me hace una pregunta: ¿qué ferrocarril estás esperando? Todos esperamos algo, incluso cuando decimos que no. El amor, una oportunidad, una segunda parte. La espera se convierte en combustible invisible. Y cuando llega lo esperado —si llega—, casi siempre lo reconocemos por el peso que se nos cae del pecho.

El viejo taller ferroviario, hoy “Museo del Ferrocarril”, es la cicatriz visible de lo que fuimos. Allí, donde antes se reparaban vagones entre chispas y humo, hoy se exhiben maquetas y locomotoras que aún parecen latir. Si te detienes un momento, puedes imaginar a los obreros martilleando el hierro, como si el tiempo no hubiera pasado. A veces, en los días calurosos, algún niño se sube al ferrocarril de jardín y ríe, como si su alegría también quisiera formar parte de ese pasado que se niega a desaparecer.

Hay algo filosófico en este pueblo: nos recuerda que todo está en tránsito. Nada permanece del todo. La juventud, como los vagones, no se detiene. Pasa rápido, a veces sin darnos tiempo a entenderla. Sin embargo, hay estaciones que nos marcan para siempre. La infancia en el parque, las primeras cervezas junto al canal, los veranos viendo pasar mercancías infinitas. Las bicicletas sin frenos. Las canciones de la verbena. El primer beso con olor a chicle y miedo.

Con el tiempo, entendemos que no hay nada más universal que el deseo de marcharse y, a la vez, de quedarse. Y que esos dos impulsos, aunque opuestos, pueden convivir en el mismo cuerpo, en la misma alma. Venta de Baños nos enseñó eso: que no hace falta elegir del todo. Que uno puede irse sin irse, y quedarse sin dejar de soñar con partir.

Muchos dicen que Venta de Baños ha perdido su esencia. Que los vagones ya no son lo que eran, que la estación dejó de ser el corazón del pueblo. Pero yo no lo creo. La esencia sigue ahí, agazapada bajo el asfalto, en los bancos de piedra, en las viejas señales. Está en las miradas de los mayores que aún levantan la cabeza cada vez que oyen un ferrocarril pasar. Y en los niños que, sin saberlo, ya sienten que este lugar late distinto. Porque hay algo en el aire —quizás el hierro, quizás la memoria— que nos hace mirar el horizonte con respeto.

He conocido ciudades donde la prisa lo devora todo. Y al volver a este andén silencioso, me doy cuenta de que aquí aprendí a detenerme. A mirar por la ventana sin tener que llegar a ninguna parte. A saborear el tiempo como el café de los bares antiguos: despacio, en taza grande y con cucharilla ruidosa.

No es casual que tantos seamos melancólicos aquí. La melancolía es el equipaje de quienes vivimos entre idas y venidas. Sabemos que todo es efímero, pero también que todo deja huella. Como los railes, que aunque nadie los mire, siempre están ahí, guiando el rumbo. A veces me pregunto si eso es lo que nos salva: saber que nada se queda, pero todo importa.

Venta de Baños no es un destino, es un punto de inflexión. Un lugar que te enseña a mirar con profundidad, a comprender que el movimiento no es lo contrario de la estabilidad, sino su complemento. Que uno puede estar en paz, incluso mientras todo cambia. Que hay un tipo de quietud que no viene de quedarse quieto, sino de saber moverse con sentido.

Quizás por eso, cada vez que regreso, me detengo un momento frente a la estación. No para esperar un tren, sino para escuchar lo que tenga que decirme. Y casi siempre, aunque sea muy bajo, oigo una voz que dice: "Todavía estás a tiempo." A tiempo de reconciliarte con quien fuiste, a tiempo de empezar algo nuevo. A tiempo de mirar hacia adelante sin olvidar.

Los ferrocarriles nos han enseñado más que muchas escuelas. Nos han enseñado que la puntualidad no es solo cuestión de relojes, sino de respeto. Que hay vagones que uno pierde y luego se alegra de no haber cogido. Y que hay otros que pasan solo una vez, y si no subes, lo lamentas para siempre.

También aprendimos que hay trayectos que valen más por la compañía que por el destino. Que un viaje en ferrocarril con la persona adecuada puede convertirse en un recuerdo eterno, aunque solo dure una hora. Y que a veces, el vagón vacío puede ser la mejor metáfora de lo que estamos sintiendo.

Venta de Baños no necesita monumentos. Sus calles ya cuentan suficientes historias. Los portales saben de despedidas, las aceras de primeros pasos, los parques de amores adolescentes que nunca llegaron a pronunciarse. Este pueblo nos enseña a leer entre líneas. A entender que lo invisible también importa. Que hay belleza en lo que se repite, en lo que no cambia, en lo que parece insignificante.

No sé si viviré aquí de nuevo, pero sé que nunca me he ido del todo. Cada vez que lo necesito, cierro los ojos, e imagino un tren en la distancia, con ese sonido en el que se mezclan los ecos de mi infancia, las risas de los veranos que nunca terminaban, la voz de mi abuelo contándome historias mientras la estación se convertía en nuestro lugar secreto. Es extraño cómo un simple sonido puede reunir tanto: no solo la promesa de un viaje, sino la nostalgia de todo lo vivido, de las despedidas que nunca fueron completas.

El tiempo ha cambiado muchas cosas: los vagones ya no suenan igual, la estación se ha quedado más vacía, el bullicio ha dado paso al silencio. Pero aquí, en este pueblo que se ha ido adaptando a la modernidad, sigue intacta su esencia. No de la forma en que lo hacía antes, pero sigue ahí, oculta entre los bancos de piedra, bajo el asfalto que cubre las viejas vías, en los rostros de los que aún miran al ferrocarril como si esperaran que algo cambiara, aunque sea por un instante.

A medida que crecemos, aprendemos que lo que realmente importa no es llegar a un destino, sino cómo vivimos en el camino. Este pueblo, entre sus idas y venidas, nos enseñó precisamente eso: que la vida no se detiene en una estación, sino que sigue avanzando, con sus ritmos y sus silencios. Y mientras haya raíles, mientras los ferrocarriles sigan cruzando.

habrá esperanza. Porque la esperanza no es solo esperar algo, sino aprender a mirar el paso del tiempo con la serenidad de quienes saben que, aunque todo cambie, siempre hay algo que permanece. Y esa calma, esa sabiduría adquirida entre idas y venidas, es lo que hace que, incluso cuando creemos habernos ido, en realidad nunca nos hemos marchado del todo.